

Sermón laico

—¡Qué delicia vivir en nuestro tiempo!—exclamó Pablo Haber en el mes de Abril siguiente, durante un largo paseo que daba con Guillermo y el doctor Schreütter, una tarde de sol espléndido, bajo los Tilos y por el Thiergarten, de donde regresaban por el puente de Carlottenburgo. La opinión que expresaba, repitiendo las palabras de Ulrico de Hutten, era por entonces general; parecía vivir-se en plena luna de miel de nuevo imperio, y respirarse con el aire la alegría y la felicidad de vivir como si se hubiera comunicado á toda una población el hervor de la juventud y el ardor de las grandes cosas; hubiérase creído asistir á los albores de un período grandioso, que prometía á todos una elevación y una felicidad fabulosas. Una especie de fiebre de grandezas se había apoderado de Berlín; sus síntomas se notaban lo mismo en los hoteles del Oeste que en los cuarteles obreros del Voigtland; en los salones de los consejeros íntimos como en las despensas de los barrios populosos. El viejo corsé de piedra de la ciudad se iba haciendo demasiado estrecho, y crugían todas sus costuras;

nuevas calles se elevaban en una noche; allí donde todavía ayer se veía el azadón del jardinero, y aún el arado del labrador, se veía hoy trabajar á los albañiles y á los carpinteros; centenares de casas elevaban sus paredes y sus techumbres, en pleno campo raso, con la rapidez de los hongos; parecía que la ciudad esperaba de un día á otro la invasión de cientos de miles de nuevos habitantes, á los cuales había que preparar á toda prisa un alojamiento.

Y las masas esperadas afluían, efectivamente; una corriente incomprensible, pero poderosa, semejante á una marea, impulsaba á Berlín, desde las provincias más lejanas, á tenderos y comerciantes al detalle, á villanos y labriegos. Los campos se quedaban desiertos; los caminos y las vías férreas estaban inundados por una ola de emigrantes, que invadían en tumulto la capital; aquello evocaba la idea de una llama clara que durante la noche atrae á los insectos todos de un lugar, ó de la montaña magnética del cuento oriental, que obliga á todos los navíos á abordar irresistiblemente en ella.

Se asistió casi á la repetición de las escenas del descubrimiento de los yacimientos de oro de California; la imaginación enfermizamente sobrecitada del pueblo creía encontrar en Berlín un nuevo país aurífero; los miles de millones de la indemnización francesa se les habían subido á todos á la cabeza, y cada cual se creía poco menos que millonario. En los Krolls (1) podía verse una reducción del tesoro conquistado; ¡existía, pues era palpable realidad! Un montón de monedas de oro, como una montaña ancho y profundo, reluciendo y brillando

(1) Krolls, «establecimientos» (sic), especie de teatro de magia y baile.—(N. del T.)

al fulgor del gas ante los ojos ardientes y llenos de codicia de la muchedumbre. El verdadero tesoro debía tener un cuerpo absolutamente como su fantástica representación; se le suponía presente en todas partes; se veía el brillo del oro en las reverberaciones que lanzaban los cristales iluminados alegremente por el sol de primavera; se oía tras las paredes de las casas, bajo el adoquinado de las calles, la lluvia de una oleada de monedillas de oro; cada cual se precipitaba con avidez y quería beber en él hasta saciarse; cada cual se inflamaba de codicia y se esforzaba por apoderarse de su parte correspondiente de aquella corriente de oro subterráneo, cuyo caprichoso curso permanecía oculto á los ojos de la muchedumbre, pero que los hábiles y los felices sabían horadar y atraer hacia ellos por mil canales. Estos, al introducir sus labios en aquel río de oro, bebían de ese modo la sangre transformada en oro de los héroes que habían sacrificado su vida por la patria en los campos de batalla franceses, y en aquella parodia infernal del misterio cristiano de la Cena el diablo mismo parecía tomar posesión de sus cuerpos y operar en ellos siniestras metamorfosis. Introducían nuevas costumbres, nuevas opiniones, un ideal nuevo; la moral de su ruidosa existencia parecía enriquecerse rápidamente y sin trabajo, y hacer de la riqueza el uso más charlatanesco posible.

Así fué como se construyeron casas pretenciosas de un estilo chillón y sobrecargado, y que no tenían abiertamente más objeto que dejar estupefactos á los forasteros; entonces fué cuando aparecieron las ricas berlinas, cuyas ruedas, protegidas por las famosas bandas de goma, estaban destinadas á transportar lo más suavemente posible á los que iban en el coche, de tal suerte, que pudieran

creerse de buena fe que iban mecidos en los brazos de los bienaventurados ó descansaban en el seno de Abraham. Berlín, la ciudad frugal, estrechamente económica y moral hasta la moigatería, aprendió á conocer la vida licenciosa de los cafés nocturnos, el lujo de las orgías en que se destapaba el *Champagne* en suntuosos restaurants decorados con un gusto dudoso, el deletéreo espectáculo de costosas queridas pagadas á peso de oro. Las gentes enriquecidas de la noche á la mañana, los *parvenus*, dieron el ejemplo de todos los despilfarros y de todos los vicios que tenían la pretensión de ser elegantes, pero que en realidad eran bárbaramente salvajes; los poseedores de antiguas y sólidas riquezas fueron en parte bastante débiles ó bastante cándidos para querer imitar á los recién llegados, y rebajaron su tranquila existencia de patricios al nivel de la de acróbatas de circo, que llevaban aquellos bolsistas con suerte; la modesta clase media, que tenía llenos los ojos y los oídos de aquella orgía llamativa de millares de millones, no se encontraba ya á gusto en sus condiciones ordinarias de vida; sus casas les parecían muy estrechas, sus instalaciones mezquinas, su cena fiambre demasiado pobre, su cerveza blanca demasiado común. Los economistas y estadistas, en su admiración por las cifras, se mostraban maravillados con aquel vuelo; ensalzaban la rápida difusión del oro, la importancia de las transacciones; citaban triunfalmente la cifra de las importaciones; tantos millones de seda, de encajes, de bronce, de muebles artísticos, de cristales, de joyas, de vinos generosos, de especias, de licores, de trufas. ¡Ah! ¡El hermoso desarrollo del comercio; qué prueba más elocuente del bienestar universal y de las mejores condiciones de existencia del pueblo alemán! Y

cuando los moralistas no podían decidirse á ver en todo aquello ni un progreso ni una felicidad, se les motejaba, en nombre de la ciencia, de filisteos limitados, demasiado poco inteligentes para penetrarse del rasgo característico de la época.

La clase obrera, singularmente, parecía sacar sólo ventajas del nuevo estado de cosas. Berlín tenía una necesidad insaciable de brazos vigorosos; centenares de miles de gentes abandonaban el campo, el bosque, la cerca del ganado y la barca del pescador, é iban á ofrecer sus puños musculosos en el gran mercado obrero de la capital; había sitio para todos en los trabajos de construcción, en las fábricas, en los talleres, en los almacenes, y este inmenso trabajo de aspiración no cesaba un instante de atraer una muchedumbre de campesinos á Berlín. La ciudad no pudo al principio contener toda aquella gente, y los emigrantes tuvieron que improvisar en los alrededores campamentos de gitanos. En las carreras ligeramente hendidas de la Hassenhaide (1), en cabañas de hojarasca, al lado de las cuales los Blokhaus (2) de los leñaderos del Farwest eran palacios reales, llevaron una alegre existencia de vivac, y aquellos hombres, que vivían allí como castores ó perros de las praderas, parecían tan felices en su miseria aparente, en su existencia de hombres de los bosques, que se hubiera podido creer que representaban una comedia y acampaban así para divertirse ellos mismos y divertir á los demás.

De hecho nada les faltaba, y todos los que podían y querían trabajar encontraban á cada paso ocasión de hacerlo; los salarios eran brillantes y

(1) Llanura arenosa próxima á Berlín.—(N. del T.)

(2) Especie de fortines.—(N. del T.)

el proletario estaba en circunstancias mejores que nunca de hacer valer su única fortuna: su fuerza muscular; adquiría hábitos desconocidos hasta entonces al obrero alemán; tenía ademanes altivos y levantaba la cabeza; provenía esto de que había tomado parte en una ó dos guerras; había conservado en el fondo de la retina y del alma la imagen, tan frecuentemente vista durante la guerra, de hombres muertos y de ciudades saqueadas. Sea lo que fuere, se hizo violento, camorrista, indiferente á la sangre y á la muerte, y aprendió á usar las navajas, como los matones de los puertos del Mediodía. A esta brutalidad, consecuencia fatal de todas las guerras, se juntaba la temeridad; preguntábanse las gentes con extrañeza si los obreros habían derivado su filosofía del sistema de Epicuro; necesitaban conversaciones excitantes como las mujeres livianas, y sentían una sed brutal de placeres, como los marineros á la vuelta de un largo viaje. Su existencia habitual les pareció demasiado desnuda y desprovista de goees, y trataron de darle atractivo y encanto festejando lo más frecuentemente posible el santo lunes y entremezelando el trabajo con juegos y orgías, acompañados de conciertos nocturnos por las calles y de excursiones á los alrededores. Los despachos de aguardiente, las bodegas de cerveza, los cafés conciertos, los bailes públicos, se multiplicaron de una manera inusitada, y todos andaban sobre el suelo dorado, que, según un estúpido refrán del tiempo viejo, sólo pertenece al hombre honrado. Veíase á albañiles y cargadores de espuelas hacerse traer de lejos, en un coche, un tonelillo de cerveza, y pararse en medio del trabajo para beber, recordando así la escena de los bosques de Bohemia en *Los Bandidos* de Schiller; el salario fácilmente ga-

nado se disipaba en libaciones, y aquello era una francochela y una orgía sin fin.

Pero ¡cosa curiosa! á medida que el trabajo se multiplicaba, que los salarios subían, que la existencia se hacía mas fácil, más rica en placeres vulgares, el descontento crecía entre los obreros, los deseos nacían mucho más rápidamente que la satisfacción, y en su envidia comparaban su modesto bienestar con el lujo chillón de los nuevos ricos. Una cólera llena de odio contra lo existente se apoderó del proletario y se expresó con una violencia creciente; la mano que jamás hasta entonces se había cerrado con tanto dinero dentro, aprendió á replegerse en un puño amenazador; los ojos brillaban de furor contra los propietarios, los contrastistas, contra todo lo que no era proletario; la democracia social, que desde hacía cerca de diez años había comenzado á pasar desde los círculos de los economistas y filósofos á la clase obrera, pero que, hasta la guerra, había contado á lo más diez mil adictos, comenzó á extenderse como un fuego de turba, primero por debajo de tierra, no revelándose más que por una humerada dudosa y por el caldeamiento progresivo del suelo; luego, estallando en mil puntos á la vez con pequeñas llamas azuladas, y transformando súbitamente un día un gran fuego de turba en una inmensa hoguera. Surgieron innumerables apóstoles, que predicaron con fanatismo las teorías socialistas, todavía obscuras, y que encontraron en todas las fábricas y en todos los talleres auditores apasionados y fáciles de convencer; la democracia social no era para los obreros ni un programa político, ni un programa económico que se dirige á la inteligencia, que se puede discutir, aceptar ó refutar; era una revelación que no admitía ninguna duda, que

respondía maravillosamente á su misticismo religioso, á sus buenos y malos instintos, á las necesidades de sus espíritus. Estaban llenos de animosidad contra los que tenían más dinero que ellos: la nueva creencia declaraba dogmáticamente que los propietarios eran unos ladrones, á los que era meritorio odiar y necesario destruir; estaban descontentos de su suerte limitada, viendo el mundo y sus tesoros, que no podían obtener; la nueva creencia les permitía un futuro paraíso en forma de una repartición igual de las riquezas; un paraíso en que la mano tendría el derecho de apoderarse de todo lo que los ojos codiciaban; se sentían humillados por la conciencia de su ignorancia y de su falta de formas refinadas, que en medio de una sociedad que apreciaba, no el saber, sino los conocimientos superficiales; no la cortesía de corazón, sino las buenas maneras, los relegaba al puesto más bajo; la nueva creencia los elevaba á sus propios ojos proclamando que eran la sal de la tierra; que ellos solos eran miembros útiles de la humanidad; que todos los que no trabajaban con sus manos no eran, por lo contrario, sino miserables y despreciables parásitos; el núcleo científico de la nueva teoría, la crítica de su producción y de la repartición actual de la propiedad, todo esto lo ignoraban todavía por completo los obreros, que se apoyaban sencillamente en las conclusiones que comprendían, que expresaban claramente lo que hervía obscuramente en ellos, y se lo repetían con entusiasmo á sí mismos y á los demás.

El proletariado todo fué rápidamente adquirido á la democracia social; Berlín cubrióse de una red de asociaciones, que llegaron á ser los templos de la nueva creencia; apareció un gran número de hojas sueltas, de folletos, de periódicos, que toma-

ron su defensa ya en tono lírico, ya en forma de libelos de crítica; se celebraron numerosos *meetings* á cortos intervalos, en que las asociaciones se fortificaron en sus creencias; los discursos, pronunciados en una prosa incorrecta, recordaban las letanías y los salmos por su monotonía, sus notas injuriosas, sus imprecaciones y su tono enérgico. Guillermo sintió una cierta simpatía hacia este movimiento; su atención había sido atraída hacia él por un nuevo conocido, que desde principios de año trabajaba con él en el laboratorio de física; era un ruso que se había presentado con el nombre de doctor Barinskoi, de Charkow, de aspecto repugnante y de maneras que no le reconciliaban las simpatías. Sobre unas piernas endebles vacilaba su larga y delgaducha persona; en su rostro demacrado, de tonos amarillos y grises, brillaban como errantes, con aire inquieto, dos ojos de un azul pálido; á más de esto, una nariz aguileña y roja, labios exangües, bigote y barba de pelo ralo y de un color sucio, un principio de calvicie y pústulas repugnantes en la frente y en las mejillas. Sus maneras tenían el tono obsequioso, su voz las suaves entonaciones de que desconfía involuntariamente un hombre franco, porque se dice que esos son lazos para sorprenderle; Barinskoi no permanecía nunca derecho cuando hablaba con alguien; su espinazo se doblaba, inclinaba la cabeza sobre su largo pescuezo; sus ojos evitaban la mirada é iban desde la punta de sus propios pies hasta las de los de su interlocutor; su rostro se contraía en una sonrisa estereotipada, y frotándose con movimiento nervioso las manos, menudeaba los cumplidos uno tras otro, con tal exageración, que su auditor se sentía molesto. Barinskoi, que todo lo notaba, se propuso en cuanto entró en el laboratorio, co-

nocer á los que le rodeaban; advirtió en seguida que Guillermo permanecía aislado de los demás y era tratado fríamente por todos, excepto por el profesor; le fué fácil saber que aquello procedía de su negativa á batirse; desde aquel día hizo todo lo posible por intimar con él. Guillermo trabajaba en aquel momento en importantes y curiosas experiencias, destinadas á establecer la ley del paso de los gases á través de los tubos, y los resultados obtenidos parecían deber echar abajo toda la teoría atómica; el profesor seguía aquellas experiencias con atención sostenida, y con frecuencia hablaba de ellas á sus alumnos preferidos. Barinskioi tuvo así el pretexto de rogar á Guillermo que le pusiera al corriente de sus trabajos, de sus hipótesis, de sus métodos y de sus cálculos; le declaró á la vez, con su humilde sonrisa y su frotamiento de manos habitual, que el señor doctor podía tener tranquilidad absoluta acerca de la prioridad de sus descubrimientos; que estaba pronto á firmarle un atestado que diera fe de que había sido su discípulo y que había recibido comunicación de sus experiencias antes del resultado definitivo. Guillermo se contentó con contestarle que no le preocupaba la prioridad; que buscaba únicamente la verdad, y que no trabajaba por hacerse célebre, sino para salir de su ignorancia é instruirse. El conocimiento estaba hecho; Barinskioi dijo que se consideraba dichoso por haber encontrado un hombre que pensaba como él, que él también estimaba que la gloria era una locura, que la ciencia lo era todo, porque confería el poder sobre los hombres y sobre los animales; que el ideal sería caminar ignorado á través de la vida y hacer al mismo tiempo que los demás caminaran al antojo de uno, sin que de ello se apercibieran. No era precisamente esa la

opinión de Guillermo; pero en aquel momento se abstuvo de hacer ninguna objeción. Barinskioi pretendió también tratarle como compatriota; pero Guillermo se opuso en absoluto declarando que era alemán, aunque nacido por azar en el extranjero; su reserva no se le ocultaba á Barinskioi, que continuó asediándole con sus obsequiosidades. Como, fuera de esto y de su fealdad, era un hombre muy instruído, y Guillermo tenía una naturaleza bondadosa, no se defendió por mucho tiempo contra las importunidades del ruso, que se le agarró literalmente á los faldones; le acompañaba desde el laboratorio á su casa, é iba á verle sin que le hubiera invitado; también le convidó á comer en un restaurant elegante. Guillermo rehusó una ó dos veces, pero á la tercera no tuvo ánimos para negarse; ni siquiera quería Barinskioi que este último le devolviera una sola visita. Había además ciertos misterios en Barinskioi: se hacía enviar la correspondencia á la lista de correos con las señas de un corresponsal de periódicos, que eran las que había dado en la Universidad, y á cuya casa iba todos los días durante algunas horas á leer y escribir; luego desaparecía durante dos ó tres días, al cabo de los cuales volvía más echado á perder y más lívido que antes: con los ojos cansados, rodeados por un círculo rojizo, la voz apagada y el aspecto, por decirlo así, aniquilado. Se podía imaginar lo que había hecho, oliendo su aliento impregnado de aguardiente, y además, algunos de sus colegas del laboratorio le habían encontrado á horas avanzadas de la noche por las esquinas de las calles de Leipzig y Federico, en conversación muy animada con las miserables criaturas que están allí en acecho y tienden á la caída de la noche sus redes sobre los transeuntes; del mismo modo se le

había visto en los barrios mal afamados del Oeste, en compañía de mujeres de mala vida.

Barinskoi contaba que era corresponsal en Berlín de un periódico ruso, en el cual se esforzaba por combatir los prejuicios de Rusia hacia Alemania y por inspirar á sus lectores benevolencia y estimación hacia el gran Estado vecino; la casualidad hizo que Guillermo leyese un día una correspondencia dirigida desde Berlín á aquel periódico, y en ella encontró, desde la primera hasta la última línea, insinuaciones pérfidas, burlas y calumnias contra la capital y sus habitantes. Procuróse un ejemplar, y la primera vez que se encontró á Barinskoi se lo puso debajo de las narices sin decir nada; el ruso, al principio, vaciló; pero luego, recobrando todo su aplomo, respondió que también había leído la carta, que naturalmente no era suya; que el periódico tenía además otros corresponsales, verdaderos germanófobos, y que él, por su parte, no podía sino desmentir sus invenciones y restablecer la verdad. Al cabo de muy poco tiempo, Guillermo advirtió que con la mayor frecuencia Barinskoi estaba falto de dinero: el periódico, decía, le pagaba con mucha irregularidad y las casualidades más singulares le impedían continuamente recibir sus envíos pecuniarios á tiempo: una vez habían dirigido por equivocación sus honorarios al corresponsal de Constantinopla y no advirtieron el error hasta seis semanas después; otra vez era un colaborador quien debía entregarle su sueldo en Berlín, pero había perdido su cartera en el camino, y Barinskoi tenía que esperar á que volviera de San Petersburgo para ponerse al corriente. Con semejantes cuentos fantásticos recurría continuamente á la amistad de Guillermo; de vez en cuando le devolvía penosamente lo que le había

prestado; pero algunos días, y con frecuencia algunas horas después, volvía á pedirle una cantidad todavía más importante.

A pesar de estos flacos y defectos, y á pesar de la desconfianza que inspiraba á Schrotter, y sobre todo á Pablo Haber, que al cabo de algunas entrevistas puso buen cuidado en evitar su compañía, Barinskoi era para Guillermo el objeto de un interés creciente; el pensamiento del ruso tenía con el suyo en el punto de partida, una semejanza que hasta entonces no había encontrado en ningún otro, y sin embargo, uno y otro venían á parar á puntos de vista y á principios de vida práctica tan diferentes, que Guillermo se preguntaba á cada momento: «¿Cómo es posible que partiendo de análogas premisas se llegue con la misma lógica á conclusiones tan absolutamente opuestas? ¿Dónde está, pues, el punto fatal en que nuestros pensamientos, paralelos al principio, se separan bruscamente á tan enorme distancia?»

Barinskoi, lo mismo que Guillermo, consideraba el mundo como una simple apariencia, como una ilusión de los sentidos, bajo cuya influencia los hombres obran del mismo modo que si estuvieran delirando. Todas las formas existentes de la comunidad humana, todo el orden político y social, le parecían falsos ó criminales; en todo caso absolutamente inadmisibles. Según él, el objeto del desarrollo intelectual y moral del individuo era la liberación íntima con respecto á la imposición de todas las autoridades extrañas y su desprecio completo hacia ellas; en esto era en lo que sus opiniones se parecían á las de Guillermo. Pero de esto deducía la ley moral siguiente: «Puesto que el mundo no es sino una apariencia, y que únicamente mi conciencia existe, no veo más que á mí mismo en

el mundo entero; no vivo más que para mí, y sólo trato de satisfacerme á mi mismo; soy individualista en grado supremo; mi moral me permite, pues, hacer abstracción de todas las criaturas ajenas á mí, de procurar á mis sentidos impresiones agradables, que suscitarán igualmente en mi conciencia ideas agradables; en una palabra, de gozar lo más posible. El goce es, pues, el único objeto de mi existencia, y la destrucción de todo lo que podría impedirme gozar, es mi derecho». ¿Se puede, pues, pensaba Guillermo, llegar á esta doctrina espantosa en virtud de la misma interpretación que me lleva á mí á despreciar todos los placeres de los sentidos, á sentir y probar mi libertad íntima mediante el apartamiento de todo deseo y la renunciación, á afirmar mi individualismo mediante el sacrificio por mis semejantes, á hallar mi goce en el amor al prójimo, mi felicidad en el triunfo de la razón humana sobre los instintos bestiales? Barinskoi no tardó en conocer el modo de ser de Guillermo, y comprendió que podía contarse con su indulgencia y su grandeza de alma; así fué que poco después le reveló que era nihilista y anarquista; respondía con mucho desenfado cuando se le preguntaba la idea que se formaba de la realización de sus teorías: «Reclamamos la libertad absoluta; ni amo ni leyes impuestas por la fuerza; nuestro enemigo es, pues, lo mismo el monarca que el Parlamento, la tiranía de uno solo lo mismo que la de una mayoría, la sumisión á las leyes del Estado lo mismo que á las de las costumbres sociales; sobre las ruinas de la sociedad que ha de ser destruida, organizaremos grupos libremente y á nuestro antojo, si podemos gozar más fácilmente en grupos que individualmente. Estos grupos, á su vez, formarán grupos más extensos si la felicidad del todo

exige una gran empresa que un grupo aislado no pueda llevar á cabo por sí solo; por ejemplo, un camino de hierro universal, un túnel submarino, etc. En ciertos casos puede ser necesario que todo un pueblo, acaso la humanidad entera, tenga que asociarse, pero sólo en vista de un objeto designado y durante el tiempo indispensable para consumarlo; naturalmente, ningún individuo está ligado á un grupo, ni un grupo á otro; las uniones y separaciones serán más bien continuas, efectuándose con la misma facilidad como en el organismo vivo las moléculas se agrupan y desaparecen».

Barinskoi se ocupaba especialmente en la cuestión obrera, no porque se cuidase lo más mínimo de los trabajadores ni del rebajamiento de la vida del proletario, de su incertidumbre económica, de su miseria frecuente, de sus raros días de sol. Confesaba con cinismo que los obreros le eran tan indiferentes como los capitalistas; que su embrutecimiento inevitable, su hambre, su brutalidad, sus enfermedades, la brevedad de su existencia, le dejaban tan frío como la gota de los ricos ó los trastornos nerviosos que el ocio ocasiona en las mujeres de las clases elevadas. Pero veía en los proletarios un ejército pronto á combatir todo lo que existía; sentía en la cólera de aquellas gentes la fuerza brutal necesaria al nihilismo para echar abajo el antiguo estado de cosas, y eso era lo que le atraía hacia ellos y hacia su literatura, que poseía muy bien, y en la que inició á Guillermo. Así fué como este último conoció el socialismo, su crítica del estado actual de la sociedad, sus teorías y sus aspiraciones; así fué también como supo que la nueva creencia tenía ya sectas con profetas particulares, que se odiaban cordialmente entre ellas y se hacían la guerra como lo hubieran hecho cultos reco-